



HERMANO JOSÉ LUIS ORTIZ SÁEZ

Bilbao (30.06.1950) – Irún (02.09.2021)

Textos de la liturgia de la Palabra:
Col 1, 15-20 / Sal 99,2.3.4.5 / Lc 5,33-39

*“Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia.
Él es el principio, el primogénito de entre los muertos,
y así es el primero en todo.
Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud.
Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres.”*
(Col 1, 18-20)

Aunque tengamos muy sabido que la muerte tiene que llegar también a los que conocemos y amamos, y aunque incluso la enfermedad nos lo anuncie, hoy nos encontramos aquí tristes y sorprendidos. Tristes porque apreciábamos y amábamos a este hermano nuestro que se ha ido, y sorprendidos porque, por más que lo sepamos, siempre nos parece que no puede ser, que no es posible que la vida de este mundo termine.

Por la intensidad de la relación, por el cariño y el tiempo compartidos su pérdida nos provoca un vacío. Ha sido como un dolor desconcertante, porque lo esperado pudo ser continuar dando y compartiendo vida, en una misión acompañada con sus capacidades, su disponibilidad y entrega generosa. Pero ésta es la realidad: y hoy decimos adiós a José Luis, para quien ha llegado el momento definitivo. El está ya en Dios, ha cruzado las puertas de la vida plena.

Pablo, en el himno litúrgico proclamado, nos recuerda el centro de nuestra fe: Cristo es el primer_nacido de la creación, y, como Señor resucitado, es la cabeza de toda la humanidad, la fuente de toda vida y crecimiento. En Él, Señor y nuevo principio de todo, somos creados de nuevo y restaurados de toda alienación. Y ahora celebramos que esto se ha hecho realidad plena y definitiva para nuestro hermano José Luis, quien, tras recorrer su camino con Jesús, goza ya de la nueva creación.

Hemos escuchado cómo a Jesús le echan en cara que sus apóstoles no guardan la ley del ayuno. Y también su respuesta: ¿cómo van a ayunar los invitados, mientras el novio está con ellos? Él es el novio, y el Reino se expresa en las metáforas del banquete de bodas y de los odres nuevos. Con la llegada de Jesús todo se hace nuevo y somos llamados a acoger esta novedad en nuestras vidas y a llenarnos de alegría, libres de todo pasado y toda esclavitud, reconciliados con nosotros mismos, con los otros y con todo lo creado.

Seguir a Jesús es aceptarlo como es, íntegramente, sin remiendos de tela nueva en traje viejo. Pensando, como Jesús, que la misericordia es lo primero; sintiendo, como Jesús, la alegría en un Dios que nos quiere; amando como Jesús, sin poner límites al perdón; sufriendo como Jesús, en la entrega de la vida por los demás, hasta la muerte.

En este seguimiento se ha construido la vida de José Luis, y por eso hoy hacemos memoria agradecida de él, mientras por dentro se nos acumulan toda clase de sentimientos al recordarle: momentos de

gozo y de plenitud, situaciones dolorosas, heridas mutuas, penas compartidas, proyectos que han quedado a medias... En definitiva, todo lo que conlleva una vida entregada y compartida, que comenzó en Bilbao, un 30 de junio de 1950, fruto del amor de Melchor y Lucrecia.

José Luis, a los 11 años, se fue del barrio de San Ignacio, desde el colegio de los Hermanos de Deusto al aspirantado de San Asensio. Su itinerario lasaliano se ha ceñido, sobre todo a Bizkaia, en las comunidades de Sestao, Ibarrekolanda, Postulantado, Santiago Apóstol o Madariaga; aunque también pasó, en tiempos más cortos, por Andoain, Pamplona y Mendiolabe (San Sebastián).

Educador sensible y dedicado (implicado, por ejemplo, con la lectura eficaz), sirvió hasta casi el final, impartiendo apoyos escolares en Deusto, colaborando en Artízar o como "portero" en Godly Play; director servicial en la comunidad, preocupado siempre por la armonía dentro de la misma, dedicó también muchos años de su vida a cuidar de la economía doméstica y de los demás, preocupado, por ejemplo, porque el txoko siempre estuviese en las mejores condiciones para sus usuarios, o atendiendo también con cercanía a su hermano... Recordemos a José Luis con las bolsas de la compra en la mano, yendo del supermercado a la comunidad. Era una manera de gritarnos que Dios es misericordia.

Trasladado el 26 de julio a Salle-Enea, en un estado ya delicado, disfrutó aquí de unos cuidados y una paz que valoró y agradeció enormemente. Del talante de José Luis ante el desenlace presentido desde hace unos meses hemos aprendido que se puede afrontar y sentir el dolor con valentía, honrando así el regalo de la vida. Gracias a quienes, cercanos a él desde su comunidad de Madariaga, o en Salle-Enea, han compartido su dolor y se han desvelado por él.

José Luis nos enseña que, aunque nos parezca muy difícil, en su duro trance hay perlas valiosas. Sólo quienes comprenden existencialmente el sufrimiento pueden entender de qué va la vida y, desde la conciencia de ser aceptados y perdonados, nos pueden ayudar a los demás. José Luis nos señala con su testimonio que el mundo, nosotros, necesitamos del dolor, del valor y de la fuerza. Gracias, José Luis, porque tu historia, jalonada de vida y muerte, de alegría y sufrimiento, de gozo, y también de enfermedad, nos regala esperanza. Gracias, José Luis, porque has vivido la vida de tal manera que ésta sería inexplicable si no se entendiera a Dios como Amor.

Si Jesús, a quien José Luis hizo profesión de seguir toda su vida, se autodefine como "el novio", la fuente de la fiesta, nosotros estamos convocados, especialmente hoy, a vivir en la alegría del compartir, renunciando a las componendas de lo viejo en nosotros y apostando por vivir fieles a la llamada de la Buena Nueva.

En esta eucaristía Jesucristo se hace presente para llevar a cabo con nosotros un nuevo comienzo, creándonos de nuevo en Él, como lo ha hecho con nuestro hermano. Que sepamos aceptar el dolor de tener que dejar atrás lo que nos es familiar y, reconciliados con la vida y los hermanos, abrimos al reto del evangelio.

Y que al participar de la mesa del Señor, compartiendo el pan y el vino de la nueva alianza, nos sintamos alegres por tener entre nosotros al novio, Jesús, y brindemos por nuestro hermano José Luis, que ya disfruta con Él en el txoko del Reino.

José Luis, gracias por todo, descansa y disfruta en la fiesta eterna.

Egun haundira arte!

VENID A LA FIESTA

Hoy has preparado un banquete,
en tu amplia tienda de la alianza
levantada en esta tierra tuya y nuestra,
para que tu presencia no nos resultara extraña.
Es tu hijo quien se casa,
y la ocasión es única
para hacernos presente
tu generosidad y gracia.

Ya está la entrada engalanada,
los jardines adornados,
las farolas y antorchas alumbrando
caminos, rincones y plazas,
las habitaciones dispuestas
y la sala del banquete preparada
con todo lo necesario para la fiesta,
porque la ocasión es única.

La mesa lista para el banquete
con los mejores manjares que se conocen
y un vino reserva excelente,
para alegrar a los reticentes,
traído de tu viña predilecta.
Todo en abundancia,
que a ti te gusta que sobre y no falte
cuando se va o se pasa por tu casa.

Los criados han partido
para invitar a tus amigos,
que son muchos y muy distintos
y están dispersos por el amplio mundo.
¡Venid a la fiesta! ¡Venid a la fiesta!,
se oye en pueblos y casas,
y como un eco resuena setenta veces siete
y llega a todos los corazones.

Atardece, y tu tienda está vacía.
Tus amigos, muy ocupados
en sus cosas y haciendas,
declinan la invitación
como si fuese una oferta cualquiera.
Te hacen pasar un mal trago

aduciendo motivos, disculpas y excusas
que suenan a justificar sus conciencias.

Sin embargo, hoy, la fiesta se hará;
es tu querer y voluntad decidida.
Tu generosidad y riqueza
no pueden terminar en la basura.
De la calle, de las plazas,
de los rincones más olvidados
y del reverso de la historia
llegarán tus invitados.

Serán cojos, ciegos y sordos,
hambrientos, pobres y presos,
ciudadanos y extranjeros,
emigrantes sin papeles,
hombres y mujeres, ancianos y niños
de toda raza, color y oficio,
que oyen a tus mensajeros
y se sienten sorprendidos.

Los que a nada sois invitados...
¡Venid a la fiesta!
Los que estáis solos y sin futuro...
¡Venid a la fiesta!
Los que tenéis hambre y no trabajo...
¡Venid a la fiesta!
Todos los despreciados y humillados...
¡Venid a la fiesta!
Los sin nombre y sin historia...
¡Venid a la fiesta!
Los que no sois sino recursos humanos...
¡Venid a la fiesta!
Los que sufrís la risa y la miseria...
¡Venid a la fiesta!
Los nadie de ahora y siempre...
¡Venid a la fiesta!

¡Vamos a tu fiesta, Señor!

Florentino Ulibarri

